

Viaje al futuro del siglo XX

CIENCIA FICCIÓN EUROPEA



Viaje a Júpiter (Segundo de Chomón, 1909)

A la hora de abordar este ciclo han surgido dos preguntas fundamentales. Para empezar, ¿qué es la ciencia ficción? La dificultad de delimitar los géneros y el riesgo de crear una demarcación tan estricta que asfixie la diversidad obliga a un acercamiento múltiple a esta cuestión. Por un lado, una buena manera de hacerlo es mediante la comparación con el fantástico, género con el que la ciencia ficción tiende a mezclarse con frecuencia. La cuestión podría zanjarse diciendo que mientras el fantástico trabaja con lo irreal (dragones, fantasmas, sables láser...) para construir algo igualmente irreal, la ciencia ficción busca entre lo real para crear algo irreal (aunque, quién sabe, posible). De ese planteamiento, que podríamos llamar “ciencia-ficción pura”, surgen películas como *La vida futura* (William Cameron Menzies, 1936), *El mundo conectado* (Rainer Werner Fassbinder, 1973) o *Cartas de un hombre muerto* (Konstantin Lopushanskiy, 1986), que

miran más allá de nuestro tiempo, nuestra geografía o nuestra realidad tecnológica para preguntarse “¿Qué pasaría si...?”. En algunos casos, con una aterradora capacidad premonitrice.

Sin embargo, muchas de las películas de “Ciencia ficción europea” entran en esa definición de forma tangencial o relativa. El fundacional cortometraje de Méliès, *Viaje a la Luna* (1902), es ya de por sí una mezcla de fantástico y ciencia ficción. Méliès sueña con alcanzar la Luna, pero la ficción que plantea para alcanzar su objetivo está muy lejos de ser un futurible. Dicho de otra forma, el viaje a la Luna que sueña Méliès solo puede existir dentro de su propio sueño. Y, aun así, ¿por qué resulta implantable el ciclo sin *Viaje a la Luna*? Porque, si bien la forma en que se conduce el sueño del Méliès es propia del fantástico, el acto de soñar con pisar la Luna es inequívocamente de ciencia ficción. De esta manera, con una vinculación que podríamos llamar “temática”, llegaron al ciclo obras tan dispares como *Terror en el espacio* (Mario Bava, 1965), *Aelita* (Yakov Protazanov, 1924) o *Una invención diabólica* (Karel Zeman, 1958).

La segunda pregunta es igual de importante: ¿por qué europea? Dejando a un lado la nutrida producción estadounidense en este campo, la cinematografía de algunos de los países del Viejo Continente, como por ejemplo Reino Unido o la URSS, habría sido más que suficiente para construir un ciclo de enorme interés. Sin embargo, una mirada más panorámica ofrecía una posibilidad única y mucho más enriquecedora: la de construir una suerte de historia de los anhelos y los miedos europeos. Así como *1984*, la novela de George Orwell publicada en 1949, es un certero retrato de las inquietudes de un continente marcado por la Segunda Guerra Mundial y el auge de los totalitarismos, en cada película de este ciclo se pueden encontrar huellas de todas las obsesiones y peligros que han marcado nuestro siglo XX.

Los tiempos han cambiado mucho, pero Europa vuelve a enfrentarse a una enorme crisis y muchos desafíos, algunos no tan diferentes a los de 1949. De ahí que sea un excelente momento para pararse y observar de dónde venimos y quiénes somos con un ciclo que empieza en 1902 y llega hasta nuestros días, viajando por España, Francia, Italia, Rumanía, Grecia, Polonia, Rusia, Reino Unido, Suecia, Alemania y las extintas Unión Soviética y Checoslovaquia. Un viaje que nos llevará muy lejos en el tiempo y en el espacio, a ciudades imposibles y planetas inhóspitos, en compañía de androides, detectives y princesas de Marte. Un viaje cuyo destino siempre será, invariablemente, el corazón del ser humano y de ese sueño que es Europa. ●

Pablo López
Programador y crítico de cine